

Ensayo sobre el posible aporte de la economía política a la filosofía de la Aspiración

Resumen

El presente trabajo traza un primer esbozo general de la filosofía de la aspiración y explora un panorama para investigaciones próximas. Patentizamos que los resultados que comunicamos son suficientes,

a) para reconstruir la azarosa evolución de esta filosofía desde su nacimiento en (y como) pensamiento moderno, identificándola en sus variadas formas metamórficas; incluso en la más extrema, que renuncia a definirla como aspiración social general, reduciéndola y relegándola estricta y unilateralmente al interés individual: “vicios privados, virtudes públicas”;

b) para confirmar que la economía política nace de la paradoja mandevilliana, la cual no se limita a hacer caso omiso de la noción de aspiración, sino que la niega de plano, y *debe atenderse a esa negación*;

c) para demostrar que el desarrollo conceptual sistemático de esta abstracción conduce necesariamente al concepto más concreto de Aspiración, fecundado con el concepto económico de planificación;

d) para señalar la necesidad de un nuevo proyecto de investigación -de carácter eminentemente universitario y por ende multidisciplinario- que explore el alcance del posible aporte de la filosofía de la aspiración a la realización de una síntesis de la totalidad del “cuerpo” de ideas universales; y, finalmente,

e) para avizorar en el incipiente campo de investigación científico-filosófico integrado, regulado por el concepto de aspiración; las condiciones de una estrategia de transformaciones sociales, económicas, políticas y, en fin, culturales; apuntada a eliminar paso a paso la *heteronomía* en el proceso histórico; concibiendo y desarrollando en su reemplazo nuevas instituciones constitutivas del futuro sistema de planificación democrática transicional.

Palabras clave: economía política, historia de la filosofía, aspiración, teoría de la planificación, teoría económica

Abstract

The present Essay draws an overall draft of the philosophy of Aspiration and explores what may be our next steps in this research. These early results call forth further studies

a) to reconstruct the evolution of this philosophy since its birth in (as) modern thought, recognizing it in its multiple metamorphosis. While most of the latter reduce the concept to one or other of its moments, there is an extreme version of this philosophy that captures our keen interest, as such reduction is carried to the utmost extreme by flatly abolishing social general aspiration and enclosing aspiration into myriads of individual interests in such a

way that (by the mediation of the market) the notable paradox seems to make sense, namely, “private vices, public virtues”;

b) to acknowledge, and draw the theoretic consequences from, the fact that political economy in its mechanistic general theories found its specificity and its basic premise early on, in the mandevillian paradox, that radically rejects the concept of aspiration; and must rigorously avail to such principle carrying it on to its exhaustion (*terminus ad quem*);

c) to demonstrate that the systematic conceptual development of economic thought under the foresaid restriction, leads necessarily (by way of “a negation of the negation”) towards the more and more concrete concept of Aspiration, fertilized with the economic concept of Planning;

d) to point out the need of a new research program that explores the scope of the possible contribution of Philosophy of aspiration to the realization of a synthesis of the whole “body” of universal ideas; and finally,

e) to glimpse in the incipient integrated philosophical-scientific field, regulated by the concept of aspiration; the conditions of a strategy of historical, economic, political and, in sum, cultural transformations; aimed at eliminating step by step heteronomy in the historic process, conceiving and developing in its place new institutions, constitutive of the future system of transitional democratic planning.

Keywords: political economy, history of philosophy, aspiration, theory of planning, economic theory

Prefacio

“Hemos heredado de nuestros antepasados el anhelo profundo de un conocimiento unificado y universal.” (Schrödinger, 1983, p. 11)

“Tal era la visión fundamental por la que Platón volvió de sus primeros estudios dialécticos al estudio de la política. No esperemos reformar la filosofía si no empezamos por reformar el Estado. Ningún otro camino conduce al cambio en la vida ética de los hombres: el problema primero y más urgente es hallar el buen orden político.” (Cassirer, 1946, p. 63, trad. nos)

El “anhelo profundo” al que alude el primer epígrafe es a la vez realizable, irrenunciable, necesario, y dramáticamente urgente. Pero sólo puede consumarse en el “camino” reclamado por el segundo epígrafe: emprender “el problema primero y más urgente: hallar el buen orden político”. ¿Qué puede aportar a esta empresa la economía política?

En su estado presente, ¡nada! O menos que nada, porque la larga parálisis conceptual que ha sufrido esta ciencia la dejó muy a la zaga de las exigencias intelectuales y políticas de la época; y porque su consiguiente fragmentación puso sus *membra disjecta* a merced de la ideología y a su servicio, con la degradada función de ofrecer pátina de crédito científico al discurso académico, y avalar su promesa “marketinera”, de solvencia profesional y, por ende, “salida laboral”.

Sin embargo, el aporte de la ciencia económica es posible y, creemos, imprescindible. Compusimos este ensayo para explorar la misión de la economía política en la realización de una síntesis conceptual del campo de la filosofía y de la ciencia; que, por obra de ésta, constituya *el prolegómeno de una nueva época de progreso histórico*.

El aporte al que aludimos implica una *nueva* alianza entre la ciencia económica y la filosofía, en la que ambas disciplinas habrán de transfigurarse. Se retomará de esta suerte la gigantesca empresa que hace más de dos siglos quiso y no pudo llevar a cabo la Ilustración europea (ibérica, holandesa, francesa, inglesa-escocesa). Tal transformación, si se realiza, será obra de toda una época de la civilización humana.

1. Las épocas de gran filosofía. Estaciones y transiciones del concepto de Aspiración

Al recapitular la historia de la filosofía: la de sus encuentros confusos y sus desencuentros dramáticos con el desarrollo de las ciencias, debemos lidiar con los mismos obstáculos (*mutatis mutandi*) que vienen entorpeciendo el pensamiento de la era del capital, envolviéndolo en una cambiante maraña de prejuicios en la que uno tras otro reaparecen anacronismos culturales.

Si hubiera alguna duda sobre esto no hay más que ver el papel que cumple el mito de los individuos providenciales en la narrativa histórica. La historia política, la militar, y también el relato de la historia de la ciencia se presentan convencionalmente como la seguidilla de obras excepcionales y de actos heroicos llevados a cabo por personajes legendarios. Parece que no se pudiera narrar vívidamente la historia de la ciencia, reconstruir su móvil esencia dramática, y dar vida renovada, en fin, a los conceptos detenidos, sin poner las grandes personalidades una tras otra en el centro de la escena, ora contrapuestas, ora reunidas en escuelas, corrientes, etc.

Puede omitirse esa referencia, pero quedaría una historia completamente des-espiritualizada, un objeto de estudio naturalizado donde costaría ver los restos más pequeños del drama humano que permanentemente se recrea en el desarrollo histórico. Por eso empezamos por la distinción terminológica entre gran filosofía y nec-filosofía, justamente para acentuar este rasgo mitologizante y agotarlo. De otro modo, no podríamos nunca desprendernos de él.

En la historia moderna hubo épocas breves de gran filosofía (Solomon, 1983), precedidas y seguidas por largos períodos de nec-filosofía, es decir de latencia, en los que el mundo no sufría profundas metamorfosis (*forma formata*), pero fructificaban y maduraban, soterradas, las últimas transformaciones y se gestaban las futuras (*forma formans*). En nuestra visión retrospectiva de hoy –que expondremos brevemente en las próximas páginas-, comprobamos que las metamorfosis más trascendentes siguen un hilo que empieza con los primeros atisbos de la filosofía de la aspiración. Esta reconstrucción logra nitidez merced a la visión retrospectiva. Se devela de este modo que la “aspiración” a la que apunta la filosofía cobra desde su comienzo un sentido muy determinado, el cual no puede reducirse al de la acepción común (léxica) de esta palabra. El objeto de la aspiración se expandirá y transformará progresivamente en el desarrollo histórico universal de la filosofía moderna, al punto que esa historia es parte inextricable de la historia universal, y consiste esencialmente en esa transformación.

*

Los sistemas de conocimiento racional jónicos (bautizados posteriormente como presocráticos) constituyen la piedra inaugural de una sucesión más de dos veces milenaria de esfuerzos progresivamente fértiles, pero una y otra vez aún insuficientes, por desarrollar un pensamiento universal totalmente coherente e inclusivo, de carácter trascendente y completamente laico, que nos figuramos con la metáfora de “cuerpo de las ciencias”.

El carácter a la vez trascendente y objetivo de este pensamiento, que puja desde hace casi tres milenios por liberarse del mito y del dominio de lo sagrado, radica en la elaboración de construcciones universales del intelecto en distintos campos del conocimiento, desprendidas progresivamente de la percepción sensible inmediata. En efecto, para estas configuraciones del concepto no debe reclamarse “evidencia empírica” ni referencia perceptual (Cassirer, 1953). Pero este desprendimiento (parejo al del navegante que se da a la mar sin costa a la vista) sólo es tal en ciertos tramos o estaciones de su desarrollo. En los más avanzados descubrirá tarde o temprano que, antes de alcanzarlos, debió zafar de una falacia que confundía el mundo con el estrecho nicho de la experiencia que se tiene por inmediata, la abstractamente particular; asimismo, que lo que otrora pareciera definitivamente vivo, real, concreto y verdadero, era todo lo contrario. Y, *retrospectivamente* comprenderá que equivocadamente tenía por alienación el carácter objetivo de los conceptos científicos, y se resistía a él y le temía.

Esas construcciones intelectuales se suceden en una secuencia de transformaciones progresivas, que es a la vez continua y discontinua, histórica y conceptual (las transiciones de la agrimensura a la geometría “clásica” y de ésta a las geometrías no euclidianas ofrece una clara ilustración del paso histórico de las nociones perceptuales a los conceptos científicos). Se reparten entre los territorios de la ciencia que figuran circunscriptos e

institucionalizados en el currículo universitario. Recapitulamos su desarrollo en uno de esos territorios, el reservado formalmente a la ciencia económica.

Sostendremos que la teoría económica (concebida como teoría de la planificación) tiene la potencialidad y la necesidad de habilitar en ambas direcciones lo que algunos autores se representaron como la “escalera del conocimiento”¹: el camino que nos figuramos *ascendente en ambas direcciones* entre los conceptos teóricos y las nociones de la vida práctica. De este modo queda habilitado el diálogo más fructífero entre la ciencia y el pensamiento común. Esta exigencia a la que debe atender la teoría de la planificación implica una expansión transformativa de su estado pretérito: el concepto se recapitula y transforma, cual la cabeza de Jano, mira siempre hacia adelante y hacia atrás. Ya no puede circunscribirse a las dos primeras teorías de la Economía Política (tal como resultan del “Esquema de la Ciencia Económica” (Levín, 2010): tiene que buscar inspiración y significado en momentos filosóficos episódicos pero fulgurantes de un proceso poético progresivo y acumulativo que llamaremos “filosofía de la aspiración”.

*

Un período de gran filosofía es el inaugurado por Sócrates, cuyas enseñanzas revive Platón en el *Fedón* y en otros de sus magistrales diálogos (y encontramos bellamente recapitulados en F.M. Cornford (1966). Sócrates recuerda allí su admiración juvenil por los filósofos jónicos que explicaban el mundo por medio de construcciones racionales de la realidad toda, basándose en sendos principios universales. Pero su esperanza de aprender de ellos se tornó en desilusión al comprobar que tales sistemas de pensamiento no lo hacían más sabio: no podían satisfacer su *aspiración*.

Si bien la aspiración cúlmine contiene en sí misma la aspiración al conocimiento, no habrá de quedarse ahí. La sabiduría socrática se realiza por medio de un conocimiento que aspira a la perfección del espíritu que, en Sócrates, es sinónimo de perfección del alma. El conocimiento que aspira a la perfección espiritual no es susceptible de ser impartido; por eso Sócrates reniega de las “enseñanzas” morales de los sofistas y de toda autoridad externa. Es un conocimiento que debe ser descubierto autónomamente por el alma individual. Su logro es entendido como el más elevado propósito de la vida humana, y el secreto de la felicidad.

Para ser sabio no hace falta solamente conocer el bien; es necesario, sí, actuar con arreglo a ese conocimiento, aun cuando no sea placentero, cause sufrimiento y pobreza personales, conduzca a conflictos con la sociedad, a la prisión o, incluso, a la muerte. El sacrificio de Sócrates dejará una honda huella en Platón y lo impulsará a trabajar en las distinciones entre alma y espíritu y entre hombre individual y sociedad política.

Platón descubre que la aspiración socrática es irrealizable mientras no se trate el problema principal de la filosofía: *hallar el buen orden político*. El desarrollo de los principios filosóficos socráticos desemboca para Platón en la persecución de un programa para la reforma radical de la polis (Cassirer, 1946; Cornford, 1966). Pues si la “vida pública” es perversa y corrupta, la “vida privada” no podrá desenvolverse ni lograr plenamente sus fines. El alma individual es como una simiente, y su entorno institucional como la conjunción de alimento, clima y terreno (Bloom, 1991).

¹ Hegel, 2007; Cassirer, 1953; Skidelsky, 2011.

Semejante *programa*, empero, a la luz de nuestras necesidades en el siglo XXI, si bien conserva plena vigencia, se demuestra del todo insuficiente, e incluso luce como limitadamente “moralista”. Es precisamente aquí donde la economía política debe reclamar su nuevo territorio, y poner en acto el viejo concepto de aspiración fertilizándolo con el novísimo concepto científico de planificación.

El conocimiento que aspira a la perfección del espíritu no es ni puede ser objeto exclusivo del alma individual. El ideal de superación al que aspira la filosofía es entendido por Platón como la medida de todas las costumbres y acciones humanas y la base sobre la que debe fundarse la perfección del orden político. Platón anuncia la fundación de una filosofía aspiracional del Estado, donde, inspirado en Pitágoras, concibe a la idealidad no como sinónimo de irrealidad, sino de realidad. Así como los objetos del conocimiento matemático son inteligibles, así lo son también los objetos del conocimiento socrático tales como los éticos y políticos. Se les atribuye una existencia real independiente y substancial más allá del caudal de eventos y objetos transitorios. Esa noción de trascendencia es absorbida y sacralizada posteriormente por la teología cristiana, en sus versiones patrística y escolástica, y en la conservación de esa trascendencia radica el momento de su identidad con la metafísica.

La filosofía de la aspiración fundada por Sócrates quedó en estado de latencia por más de dos milenios, y reinició su andar en un período de “transición hacia una nueva época”, en la que, en palabras de Hegel, el espíritu debía entregarse a la tarea de su propia transformación (Hegel, 2007)². La gran filosofía dieciochesca reasume la misión de ofrecer una guía a este novedoso mundo humano en ciernes, para producir una síntesis de conocimientos generales, capaces de concretar la aspiración de una sociedad en la que reinarán plenamente la libertad, la igualdad, la fraternidad y el progreso universales. Para ello, tomó como divisa la consigna kantiana “atreverse a saber” y entendió a la sabiduría como “la idea de la necesaria unidad de todos los fines posibles” que “debe servir de norma para todo lo práctico” (Kant, 2005, 231). La aspiración al *summum bonum*, entendido como el más alto bien posible alcanzable por medio de la libertad, se apoyó en una noción insuficientemente desarrollada de sistema de legislación ético, promovido por individuos virtuosos que hallen su realización personal y cívica en el más estricto cumplimiento de la ley (Kant, 1991; Rousseau, 2008). Las contradicciones y los límites del imperio de la “buena voluntad” fueron vívidamente anticipados por Smith en *La Teoría de los Sentimientos Morales* (Smith, 2013).

Esa época que se calificó a sí misma como “filosófica” fue, a la vez, una época de inconsecuencia. La filosofía crítica preparó el terreno para la distinción entre metafísica y filosofía, y procuró extender la crítica de la razón al campo ético y estético (Kant, 2011; Kant, 2012). Pero la realización de tales propósitos, entendidos como necesarios para la prosecución de las consignas políticas de las revoluciones burguesas (paradigmáticamente retratadas en la francesa), resultó efímera, y sus logros indudables se diluyen

² “Pero, así como tras un largo período de silenciosa nutrición, el primer aliento rompe bruscamente la gradualidad del proceso puramente acumulativo en un salto cualitativo y el niño nace, así también el espíritu que se forma va madurando lenta y silenciosamente hacia la nueva figura, va desprendiéndose de una partícula tras otra de la estructura de su mundo anterior y los estremecimientos de este mundo se anuncian solamente por medio de síntomas aislados... El comienzo del nuevo espíritu es el producto de una larga transformación de múltiples y variadas formas de cultura, la recompensa de un camino muy sinuoso y de esfuerzos y desvelos no menos arduos y diversos” (Hegel, 2007, p. 12).

incesantemente hasta nuestros días. La pregunta platónica acerca de cómo lograr el buen orden político no fue respondida y cobra mayor vigencia día a día. En suma, los intentos por extender el dominio del concepto más allá de la razón cognitiva fueron abandonados sin pena ni gloria, prematuramente.

La ilustración dieciochesca consagró la figura de la persona doblemente escindida. El individuo de la sociedad civil es alienado de su vida política y se desdobra en sujeto cognoscente y sujeto práctico. La primera escisión hace *pendant* con la dicotomía Sociedad Civil- Estado Moderno, que determinó al individuo dividiéndolo en burgués y ciudadano. La sociedad civil o reino del egoísmo universal, se consume en la figura del comercio universal. El Estado Moderno, o la consumación de “una sociedad bien gobernada” (Smith, 2008) es inteligible y valioso como un artificio analítico que no implica la efectiva maduración de la jurisprudencia burguesa. Tales escisiones anticiparían y darían asiento a los territorios ideológicos reclamados por el positivismo y el irracionalismo de los siglos XIX y XX, como así al cisma entre las llamadas “ciencias naturales” y “ciencias sociales”, y entre éstas y la filosofía. La involución más bárbara de estos cismas en el “terreno político” se halla inseparablemente asociada a la defeción del socialismo internacionalista y su consiguiente degeneración en nacional socialismo.

*

Es verdad que los intentos inconclusos de la última época de gran filosofía constituyen hoy el punto de partida necesario para, eventualmente, la próxima. Pero no será fácil ni acaso posible retomar la tarea de la gran filosofía, por dramática necesidad que hay de ella, si entre los fulgores todavía vivos de la última Ilustración no distinguimos los precursores de la próxima ni si, aun distinguiéndolos, no sabemos darles vida, actualizarla, llevarla hasta su término de realización. Pero identificar en la Ilustración pretérita los momentos relevantes para su próxima resucitación, no puede ser sino el resultado progresivo de un esfuerzo laborioso por el que pongamos *ad oculos* la historia plenamente desplegada de la filosofía de la aspiración, para que aprendamos a reconocerla en sus múltiples facetas y formas metamórficas. Es debido a la peculiar naturaleza de este objeto, que el ponérselo “a la vista” no remite a la percepción sensorial, ni a la definición léxica -que en vano buscaríamos en diccionarios-, ni apela a la teoría; pero sí al concepto, y sólo a él: entregado a la crítica inmanente o interna, en el pleno despliegue de su poder a la vez constitutivo y transformador.

En otras palabras, en tanto filosofía de la aspiración, la filosofía muda una vez y otra; y, así como pasa de una estación a la siguiente, deja en cada una ruinas muchas veces tan bellas y expresivas que la época las acoge con explicable mezcla de avidez y de temor. Lo primero porque siempre hay necesidad de filosofía y las confunde con ella; y lo segundo porque la filosofía es siempre a la vez criatura y precursora de sí misma, nunca un producto acabado, sino uno intermedio en proceso de transformación; y, en fin, porque ni aun reducida a una exuvia seca es un objeto inerte que permanece determinado y tranquilo en el nicho categorial al que se asigna; y sobre todo porque es siempre potencialmente subversiva, y porque aún cautiva, pone en cuestión el orden de cosas dado y puja por uno nuevo.

Las épocas de gran filosofía fueron demasiado pocas, demasiado distantes unas de otras en el tiempo, y fulguraron en escenarios históricos demasiado diferentes unos de otros, como para la coherente y estricta inteligencia de la continuidad de su desarrollo. Pero la

congruencia de la filosofía consigo misma resaltarán a través de sus metamorfosis históricas por radicales que éstas sean. Apostamos aquí a nuestra pista: la filosofía sólo mostrará su función histórica en su trayecto completo, próxima a extinguirse.

La filosofía de la aspiración es nuestro “esfuerzo incesantemente renovado” por ser contemporáneos de nosotros mismos (Levin, 2016)³. Así como el individuo debe alcanzar la madurez para comprender al niño, así también la filosofía debe diferenciarse y reconocerse plenamente como filosofía de la aspiración para comprender que lo fue desde el comienzo; y más aún, para reconocerse incluso en culturas de antaño, y recapitular su propio tránsito hasta y desde su manifestación explícita en la primera época de gran filosofía, que fue fugaz y apenas explícita; y desde allí por tramos largos e intrincados de su camino en los que debió negar u ocultar su carácter hasta su estadio más desarrollado.

En las próximas páginas procuraremos anticipar cómo el concepto de aspiración podría articular el campo de la teoría económica confiriéndole recién entonces cabalmente carácter científico, y propiciando entonces su expansión integradora ulterior, más allá de esta ciencia particular. Tal empresa forma parte de un proyecto de investigación mayor, que encuentra aquí un comienzo.

2. Economía Política, su agotamiento dentro de los límites de la metafísica; su prosecución más allá de la metafísica: concepto de Planificación democrática.

La Economía Política nació en una época de gran filosofía, como parte de la búsqueda *smithiana* de un fundamento para su proyecto ilustrado de Jurisprudencia. Pero el desarrollo teórico consecuente de sus conceptos fundamentales ocurrió en el largo período de latencia que sucedió a aquella gran época filosófica. La Economía Política prosiguió su desarrollo como ciencia autónoma, dirigida a formular las leyes *mecánicas* que gobiernan el proceso de reproducción social de la sociedad civil. Su culminación desembocará, así lo esperamos, en el fin de aquel letargo, y en el anuncio de una nueva transformación de todo el orden conceptual e histórico. A ese desenlace nos proponemos contribuir. En la perspectiva de nuestro proyecto, la Economía Política pone en el centro de su objeto el concepto de planificación, y éste conlleva la dimensión aspiracional de la filosofía.

El concepto de planificación estuvo ausente en la historia pretérita de la Economía Política (específicamente, en sus dos primeras teorías). Su omisión fue deliberada, pues la Economía Política se atuvo al desarrollo del concepto de Sociedad Civil, lo que significa la instalación de la premisa teórica que supone la plena libertad del homo mercator para el intercambio de sus mercancías, figurada con la noción de mercado perfecto universal. Al omitir rigurosa y sistemáticamente la noción de planificación, las dos primeras teorías lograron la universalidad de la razón cognitiva, pero dejaron fuera de su alcance toda aspiración a un concepto integrado. Merced a esa expulsión, y a su determinación de conservar la condición de universalidad, hoy se torna posible y necesario apostar a una aspiración política de carácter universal.

*

³ “Para Cassirer, como también para Wittgenstein, la filosofía es un esfuerzo incesantemente renovado por ser humano” (Skidelsky, 2011, 124, trad. nos).

Cuando Buridan formula la pregunta acerca de cómo se determinan los precios, y abandona la pregunta acerca de cómo *deberían* determinarse (Screpanti, 2005), inaugura el linaje de los hacedores de la primera teoría de la Economía Política. De este modo, labra los primeros contornos del primer “círculo de tiza” que circunscribe el imperio de la razón en el pensamiento económico⁴ que, conforme a su desarrollo, expulsa progresivamente fuera de sí la noción tomista de Precio Justo y las prescripciones de la ética escolástica a él asociadas. También se libera del prejuicio, ya entonces anacrónico, según el cual los conceptos son el reflejo de los objetos de la percepción sensible (*Nihil est in intellectu quod non sit prius in sensu*). El nuevo abordaje reniega de las sustancias esenciales aristotélico-tomistas y prepara el terreno en el que luego prosperará la ficción funcional mecanicista, donde la realidad de cada concepto corresponde a su función en el sistema (Cassirer, 1953).

El desarrollo de la ficción funcional mecanicista en la historia de la Economía Política se vale de uno de los artificios embarazosos pero convenientes de la teoría científica: la metáfora. Es decir, de un recurso mental que remite a la experiencia de la percepción sensible y se apoya en ella para formular conceptos que trascienden esa percepción y que, en su formulación científica más avanzada, prescinden de tal referencia (Cassirer, 1953).

Un primer momento de ese desarrollo se halla en una de las “leyes” de la cataláctica temprana: la ley del precio único de Geminiano Montanari (Screpanti, 2005). Montanari sostiene que los mercados locales se funden en uno solo por medio de un sistema interactivo de equilibrio estable semejante al de los vasos comunicantes⁵. Esa metáfora hidráulica anuncia una ficción teórica que será condición para el desarrollo de la cataláctica: la del mercado como sistema mecánico cerrado. Esa ficción se sirve de otras más elementales, como la de que los objetos de la experiencia (mercantil) forman conjuntos homogéneos, y la de que cada uno de ellos se ajusta a un precio único.

La culminación de la “metáfora hidráulico-mecanicista” se alcanza al reemplazarla por un sistema completo y articulado de ecuaciones⁶. En ese clímax se realiza el “momento positivista” de las teorías científicas. Los términos del sistema walrasiano son, en su mayoría, homónimos de los propios del lenguaje económico de la vida común (precios,

⁴ Lo que en autores muy posteriores será la delimitación de un objeto de análisis por medio de la cuidadosa definición de parámetros y funciones.

⁵ “Recuerdo que, en procura de claridad, a menudo recurría para hablar de estas cosas a una comparación con los cuerpos fluidos, porque me parecía que los precios de los bienes en el mundo encuentran un nivel entre ellos a través del comercio que no es diferente de la forma en que las aguas estancadas lo hacen -cualquiera que sea la agitación que sufran-; al final se nivelan y se mantienen estables...el mar en sí no puede tener sus olas más altas en el Adriático que en el Tirreno, o en el Mar Negro o en el propio Océano, si no cuando sus corrientes interrumpidas o los movimientos de su flujo y reflujo y las diversas situaciones de sus profundidades traen consigo una variación de unos pocos pies en alguna playa remota (Arquímedes, *De incidentibus in fluido*); las aguas, no menos que las mercancías, tienen su comunicación perpetua por todo el universo, de modo que su propio peso las obliga a nivelarse a igual distancia del centro al que tienden” (Montanari, *Della moneta. Trattato mercantile*, citado en Maifreda (2012, 140, trad. nos.).

⁶ “La teoría de Maxwell del campo electromagnético puso en tensión los recursos de la mecánica clásica. ‘La complicada estructura que Maxwell le adscribió al éter en la versión temprana de su teoría’, escribió Henri Poincaré, ‘tornó a su sistema extraño y repelente. Uno podía prácticamente creer que estaba leyendo la descripción de una fábrica, con sus ruedas dentadas, sus ejes de accionamiento bajo la tensión de la transmisión del movimiento, etc.’. Se descubrió rápidamente que esos modelos mecánicos elaborados no agregaban nada a la parte puramente matemática de la teoría de Maxwell y podían ser desechadas sin sufrir ninguna pérdida. ‘La teoría de Maxwell no es otra cosa que sus ecuaciones’, escribió el físico Heinrich Hertz.” (Skidelsky, 2011, 12-13, trad. nos).

mercancías, consumidores, preferencias), e incluso de palabras con reminiscencias metafísicas empleadas en las “ciencias naturales” (fuerzas, leyes, equilibrio, estabilidad, tendencias).

Pero esos vocablos no se refieren directamente a las experiencias prácticas en el mundo de la percepción sensible. En efecto, el stock de mercancías disponibles, los gustos, las preferencias son, en este caso, “condiciones iniciales” ideales del mercado entendido como construcción intelectual; y el “equilibrio” (del que teleológicamente se dice que “determina”, “gobierna”, “establece”, etc., los precios y las cantidades transadas), la solución matemática que arroja el sistema de ecuaciones de ese mercado arquetípico. La noción de equilibrio general walrasiano resultante es una noción elemental sin la cual es imposible exponer hasta su *terminus ad quem* la ley del valor mercantil.

*

El *mecanicismo* es un recurso de la ciencia pre-einsteiniana, que, cuando se desarrolla doctrinariamente, desemboca en uno de dos abismos creados convenientemente por ella misma, donde mueren los conceptos: el primero es un sistema de ecuaciones abstractas; el otro es el reino de los entes metafísicos. En el discurso doctrinario, estos abismos no se eliminan, sino que se confunden⁷.

Tanto Ricardo como Marx, exponentes de su época, conciben a la mecánica como la manera indicada y más excelente de hacer ciencia. De allí su afán de revelar “las leyes de movimiento del sistema” (Marx, 2002) y de emular, en el terreno “económico” de la economía política, interpretamos, aquello que hizo Newton en el terreno de la cosmología. La representación del universo finito encuentra su réplica en la deliberada omisión ricardiana de las mercancías no reproducibles o multiplicables (Ricardo, 1993). A esas mercancías las “gobierna” una “ley natural-social”⁸.

Estos dos grandes autores, por razones bien distintas, pasan por alto el medio *filosófico* en el que nació la economía política. La noción smithiana de valor será tomada por ellos sin atender al problema que este autor intentó y no pudo resolver: la objetivación directa del trabajo social en el valor sólo en posible para Smith en una sociedad pequeña (la también

⁷ “Pero cuando quise buscar las razones últimas del mecanicismo e incluso de las leyes mismas del movimiento, me sorprendí gratamente al comprobar que era imposible encontrarlas en las matemáticas, y que era preciso volver a la metafísica. Esto me condujo nuevamente a las entelequias y a volver de lo material a lo formal; y me hizo al fin comprender, después de muchas correcciones y pasos adelante en mis ideas, que las mónadas o sustancias simples son las únicas sustancias verdaderas y que las cosas materiales no son más que fenómenos, aunque bien fundados y coordinados....Me glorió de haber penetrado la armonía de estos diferentes reinos, y de haber visto que las dos partes tienen razón, a condición de que no choquen entre sí; que todo sucede en los fenómenos naturales de un modo mecánico y al mismo tiempo de modo metafísico, pero que la fuente de la mecánica está en la metafísica”. Carta de Leibniz a Nicolás Remond, escrita en 1714 y citada en Garber (2009, trad. nos.).

⁸ “Se requiere una producción de mercancías desarrollada de manera plena antes que brote, a partir de la experiencia misma, la comprensión científica de que los trabajos privados -ejercidos independientemente los unos de los otros pero sujetos a una interdependencia multilateral en cuanto ramas de la división social del trabajo que se originan naturalmente- son reducidos en todo momento a su medida de proporción social porque en las relaciones de intercambio entre sus productos, fortuitas y siempre fluctuantes, el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de los mismos se impone de modo irresistible como ley natural reguladora, tal como por ejemplo se impone la ley de la gravedad cuando a uno se le cae la casa encima” (Marx, 2002, 91-92).

ficticia “sociedad ruda y primitiva”) donde todos los objetos relevantes de la vida social estarían a la vista y al alcance del saber perceptual. Pero he aquí que no es tal el caso del concepto de mercado universal en el que trabajaban tanto Smith como Ricardo y Marx.

En efecto, la noción “clásica” de valor tiene dos fuentes: una es la vida práctica; la otra, la metafísica antigua (Aristóteles) y medioeval (escritores del Imperio Romano, Santo Tomás). La misión de la segunda teoría es superar el cisma prevaleciente entre ambas. Para ello expandirá su metáfora mecánica del intercambio mercantil al proceso de reproducción social. La ley del valor mercantil, o ley de equilibrio general del sistema de reproducción mercantil, subsume la ley de equilibrio general de los mercados⁹.

La opinión común se atiene a la verdad primordial de la percepción sensible: “ver para creer”, y se resiste a reconocer el carácter objetivo y necesario de ciertas construcciones intelectuales. Pero también se aferra a ficciones analíticas que jugaron un papel imprescindible *pero pasajero* en un contexto teórico delimitado por el desarrollo mismo del concepto, sin comprender su alcance y su vigencia circunscripta a una etapa de ese desarrollo conceptual, y las adopta como cosas sustanciales incondicionalmente ciertas y verdaderas.

*

Cada una de las dos teorías constitutivas de la Economía Política traza una frontera nítida entre los ámbitos económico y político de la sociedad moderna, y procura explicar cómo la economía brinda unidad y coherencia a la sociedad como un todo ecuménico. El ámbito económico mismo es concebido en ambas como un sistema en el que la acción recíproca entre miríadas de agentes autónomos e independientes unos de otros, tiene como resultado la cohesión del proceso de reproducción económica como una totalidad dinámicamente articulada con arreglo a leyes generales de equilibrio estable. Para la primera, esa frontera delimita el mercado, y su ley general es la del equilibrio general de los mercados. Para la segunda, la frontera es la propia del proceso económico de reproducción o autorreplicación, que comprende al mercado sólo como una instancia de este proceso; su ley de equilibrio general es *la ley del valor*. El objeto de la segunda incluye el objeto de la primera. Queda explicado así el proceso de reproducción de la riqueza social en el mundo capitalista.

Pero el elemento constitutivo principal de la riqueza de esta sociedad no figura en el inventario “clásico” de los productos reproducibles. Lo llamamos Cultura, y lo concebimos como el mayor de los bienes. Es, por cierto, la suma viva de las facultades humanas en el proceso mismo de su dimensión histórica, la estructura social transmitida por cada generación a la siguiente, en la que se crea, se mejora y se conserva la experiencia social adaptada a ambientes particulares.

El concepto económico de Producción en un sentido restringido es propio de la Economía Política; en un sentido amplio, corresponde a la Ciencia Económica y coincide con el de Cultura¹⁰. Se delimita así un concepto básico de Cultura en el que se distinguen dos dimensiones: general (más próxima a la etológica que a la antropológica), y humana

⁹ Para una exposición de la ley mercantil del valor, ver Levín (2010).

¹⁰ La Economía Política está comprendida en la Ciencia Económica. Ésta estudia las sociedades humanas en sus distintos estadios históricos, aquélla investiga la especificidad capitalista de la sociedad humana. Incumbe también a la Ciencia Económica determinar identidades y diferencias específicas de las sociedades humanas en el cuadro más general de la Etología y la Evolución.

(histórica), las cuales se corresponden con una distinción fundamental en la noción económica de Producción, entre Reproducción y Poesis.

La mayor “extensión” del objeto de la Economía Política, para abarcar un objeto de estudio más amplio, más complejo, y sobre todo más relevante que los anteriores, pero que los contenga, exige que ella se someta a una profunda autotransformación en su estructura conceptual. La pista para lograr tal autotransformación nace de su propio desarrollo consecuente, que pondrá radicalmente en cuestión lo que era hasta entonces su propio objeto (la Sociedad Civil) y, con él, la escisión del individuo moderno entre burgués y ciudadano, inseparable de la Ilustración del XVIII.

Recordemos que esa escisión era una de las más vivas señales de la inconsecuencia del aquel proyecto filosófico del XVIII, la última época de gran filosofía hasta hoy. La ilustración del XVIII se apoyó en las ficciones Sociedad Civil y Estado Moderno para perfilar el objeto de su aspiración, porque instaló aquella ilusión para la cual la historia extrínseca (Providencia) conduciría a la humanidad al “mejor de los mundos posibles” (como en Leibniz y en la parodia que Voltaire hace de él en *Cándido*) en el cual, más temprano que tarde, la sociedad capitalista moderna y sus instituciones coronarían su misión civilizadora.

La subsunción y superación de la dicotomía Sociedad Civil-Estado Moderno en el campo de la teoría de la diferenciación del capital y de la planificación democrática transicional, subraya los peligros que acarrea a la civilización verse a merced de la historia heterónoma; y con esa grave advertencia anuncia la posibilidad y la necesidad de una nueva época de gran filosofía, que, en un período de profunda metamorfosis histórica, complete aquello que la Ilustración del XVIII planteó, pero no resolvió. De ese modo, la Economía Política muestra que su puesta al día no es acabadamente posible mientras no lo haga al mismo tiempo la Filosofía.

3. Filosofía de la aspiración como utopía progresivamente concreta. Desde la aspiración al orden político (Politeia) en su expresión más temprana, al objeto de la teoría de la planificación democrática transicional.

En las próximas páginas bosquejaremos un conjunto de tesis dirigidas a investigar el posible aporte de la Economía Política a la integración de los dos anhelos que señalamos en el Prefacio: el de un “conocimiento universal y unificado” y el de “hallar el buen orden político”.

La teoría de la planificación democrática transicional apuesta a actualizar la exigencia de Platón en este nuevo horizonte teórico e histórico. Su objeto es también el “orden político”, pero entendido como la aspiración universal que reúne todas las aspiraciones particulares y singulares, como la instancia en la que el “conocimiento universal y unificado” se plasma en una acción social concertada. Tal “orden político” que apunta a disputar y reemplazar el “caos político” del capital, y más aún, el tenebroso totalitarismo que le es inmanente, no se logrará sin disipar la ideología que sostiene su poder de planificación. La ciencia económica desarrollada más allá de la teoría recibida se conjuga con la filosofía para enfrentar la mayor exigencia intelectual de nuestra época, que no es otra que disipar esa maraña de prejuicios que impide comprender el presente histórico y poner en vigencia estrategias efectivas de transformación.

Indicaremos dos de esos prejuicios que, relacionados entre sí, conspiran contra el progreso teórico e histórico. El primero es la naturalización de las “dos culturas” (Snow, 2012), consagrada en el currículum universitario oficial, en su separación institucional entre “ciencias naturales” y “ciencias sociales o del espíritu”, y en el divorcio entre ambas y la filosofía. La segunda es la persistencia del mito del Estado (Cassirer, 1946).

La ideología “usurpó” el lugar y la función que, en beneficio del progreso humano, deben ser reclamadas para sí por la ciencia y la filosofía, y domina por entero la mentalidad de la época. Lo cierto es que la usurpación se vale de un sinnúmero de acciones que van todas ellas en desmedro de la ciencia. Pero la verdaderamente decisiva es la conquista de las universidades. No hay demostración más concluyente, en efecto, del triunfo de la ideología sobre la ciencia, que la impronta profunda que ha dejado en ésta el mayor de los prejuicios: aquél que divide las ciencias llamadas “naturales” de las llamadas “sociales” (o humanísticas o del espíritu). Al instituirse esa pixelación del campo de la cultura “superior”, la ideología toma el mando sobre la institución consagrada al pensamiento libre y universal. Después de un largo asedio ha sido tomada nada menos que la propia “ciudad de la ciencia”: la Universidad.

Esa fragmentación múlticotómica está naturalizada y estampada por doquier en la vida académica: en la estructura del currículum, en la organización de la enseñanza y la investigación, en el sistema de facultades y departamentos, en las especialidades profesionales, e irradia con efectos desastrosos en la manera de pensar y de actuar de multitudes. La multicotomía parece diseñada ex profeso (como en una alucinación paranoica) para entorpecer el claro pensamiento sobre la historia del presente, las opciones asequibles, y la capacidad de articular la voluntad de todos, en pos de objetivos históricos relevantes.

Pero, así como todo prejuicio (por definición) es falso, así también el prejuicio se vale de verdades y hechos comprobables que lo tornan creíble y atractivo. La cisura entre las ciencias de la naturaleza y del espíritu parece convalidada en efecto por el desarrollo vertiginoso de las ciencias “naturales” (unidos al desarrollo impetuoso de la tecnología hasta casi confundirse con él), en franco contraste con la parálisis teórica y conceptual de las “sociales”. Estas últimas están sumidas en un largo letargo donde las modas se agotan una tras otra sin progreso. La otrora “madre de las ciencias”, ha sido relegada a un nicho especializado.

Pero la posibilidad de progreso histórico de la sociedad mundial, su capacidad para actuar históricamente de conjunto como totalidad coherente, depende de la constitución del cuerpo coherente y abarcador de sus ideas universales: de lo que hace dos siglos se anunció prematuramente como el desiderátum próximo a ser alcanzado. La “evidencia empírica” es concluyente: la ideología ha establecido un reinado absoluto sobre el presente.

Pero en la perspectiva histórica del futuro próximo es fácil comprender que esta situación no puede perdurar. Cobra plena y dramática vigencia el poderoso apotegma que resonó desde laderas convencionalmente consideradas como opuestas e irreconciliables: en la versión de Sarmiento como “civilización o barbarie”, y en la pluma de Trotsky como “socialismo o barbarie”. Si todo lo apostamos -como no podemos dejar de hacerlo- a la prosecución del progreso de la civilización, entonces asumimos la comprometida certeza que en términos históricos el letargo al que aludíamos está por terminar; que vivimos en la

víspera de una nueva fermentación de ideas, precursora de una época de gran filosofía: propiamente, de una nueva Ilustración, que realizará las anteriores y elevará la condición humana.

Componer y actualizar el “cuerpo de la ciencia” será a la vez condición, resultado y parte del afán que debemos sentir los humanos por hacer de nuestro mundo el mejor de los posibles. La conjugación de filosofía y ciencias en un todo coherente es condición *sine qua non* para formular la aspiración de la humanidad y alcanzarla por medio de una acción concertada. La Economía Política allana esa tarea al entender a la filosofía como aquella rama de la producción que se ocupa de organizar todo el campo de la cultura en un todo coherente al servicio del objeto de la aspiración. Con esa impronta, la filosofía desborda del currículum universitario, y reclama su transformación.

*

El sistema capitalista, en su “fase ilustrada”, imprimió en la mentalidad de la época la aspiración a la civilización universal, encarnada en la figura de la democracia. Pero en esa aspiración anidaba la trampa ideológica. Ésta pervive hasta el día de hoy en adaptación permanente, exacerbada hasta el espanto con el proceso de diferenciación del capital. Cayeron en esta trampa las doctrinas económicas, políticas y filosóficas del siglo XX.

La madre de todas las trampas del discurso político es el mito del Estado (Cassirer, 1946) combinado con la noción incompleta, no conceptualizada, de democracia¹¹. Ésta era abstracta ya en el siglo XVIII, pero en los siglos subsiguientes ha estado además sumida en un profundo proceso de doctrinización e ideologización. El discurso corriente adhirió la noción de democracia a la figura del Estado Nacional, confundiéndolo con el Estado Moderno y, por ende, sin reparar seriamente en su proceso de degradación. No sólo participaron de este discurso las doctrinas nacionalistas, entendidas como aquellas que avalan la creencia en la entidad privilegiada y excluyente del Estado Nacional. También las internacionalistas, pues, como su propio nombre lo revela, asimilan confusamente la universalidad a la “conjunción de naciones”. Avalar la creencia en la entidad del Estado Nacional significa aferrarse a su existencia empírica, y resignarse al “es lo que hay”.

Esa resignación es todavía más autodestructiva cuando se reduce el concepto de democracia a la consecución de un sistema político de representación y delegación: se establece una relación ficticia entre “representantes” y “representados”, sin que unos ni otros asuman un compromiso concreto, vinculante y recíproco.

Epílogo

En suma, el ensayo precedente reconoce en el desarrollo de la largamente olvidada noción de Aspiración, un hilo que recorre toda la azarosa historia del pensamiento filosófico moderno; y a la vez el germen del concepto general regulador que hoy puede liberar a la filosofía de la metafísica, aportando solución a los "dilemas insolubles" de la misma, y brindando en cambio el concepto regulador general necesario para dar dirección, sentido y coherencia a la integración sintética del cuerpo de las ciencias.

¹¹ Este último problema no es abordado por Cassirer en *El mito del Estado*.

A partir de este re-descubrimiento, traza un primer esbozo general de la filosofía de la aspiración y explora un panorama para investigaciones próximas. Patentizamos que los resultados que comunicamos son suficientes,

a) para reconstruir la azarosa evolución de esta filosofía desde su nacimiento en (y como) pensamiento moderno, identificándola en sus variadas formas metamórficas; incluso en la más extrema, que no proyecta la aspiración en el propósito más alto concebible -como otras en el conocimiento, la virtud, la felicidad, la razón, la cultura, etc.-, sino que la niega de plano, renunciando a definirla como aspiración social general y reduciéndola y relegándola en cambio estricta y unilateralmente al interés individual: “vicios privados, virtudes públicas” (Mandeville, 2004);

b) para confirmar que (como es bien sabido) la economía política nace de la paradoja mandevilliana, la cual no se limita a hacer caso omiso de la noción de aspiración, sino que la niega de plano, y *debe atenderse a ella*;

c) para demostrar, a partir de esa comprobación, que (y asimismo cómo, por qué, con qué consecuencias) el desarrollo conceptual sistemático de esta negación conduce necesariamente -por medio de *la negación de esa negación*- al concepto más concreto de Aspiración, fecundado con el concepto económico de Planificación;

d) para señalar la necesidad de un nuevo proyecto -de carácter eminentemente universitario y por ende multidisciplinario- que, inspirándose en las poderosas contracorrientes producidas por la fragmentación de las ciencias (y del currículo): tales como los que resultaron de la fusión de la química y la física a mediados del siglo pasado, y poco después la de los anteriores con la biología, etc., explore el alcance del posible aporte de la filosofía de la aspiración a la realización de una síntesis de la totalidad del “cuerpo” de ideas universales; y, finalmente,

e) para avizorar en el incipiente campo de investigación científico-filosófico integrado, regulado por el concepto de aspiración; las condiciones de una estrategia de transformaciones sociales, económicas, políticas y, en fin, culturales; apuntada a eliminar paso a paso la *heteronomía* en el proceso histórico; concibiendo y desarrollando en su reemplazo nuevas instituciones constitutivas del futuro sistema de planificación democrática transicional.

Referencias bibliográficas

- Bloom, A. ([1781] 1991). *Republic of Plato*. (translated with notes and interpretive essay). New York, USA: Basic Books.
- Cassirer, E. (1946). *The myth of the state*. Yale, USA: Yale University Press.
- Cassirer, E. ([1923] 1953). *Substance and function, and Einstein's theory of relativity*. Chicago, USA: Dover publications Inc.
- Cornford, F. M. ([1932] 1966). *Before and after Socrates*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Garber, D. (2009). *Leibniz: body, substance, monad*. Oxford, UK: Oxford University Press.
- Hegel, G. W. F. ([1807] 2007). *Fenomenología del espíritu*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de cultura económica.
- Kant, I. ([1781] 2005), *Crítica de la Razón Pura*. Madrid, España: Taurus.

- Kant, I. ([1784] 2011). *Crítica de la razón práctica*. México D.F., México: Fondo de Cultura Económica
- Kant, I. ([1790] 2012). *Crítica del discernimiento*. Madrid, España: Editorial Alianza.
- Kant, I. ([1797] 1991). *The metaphysics of morals*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Levín, P. (2010), Esquema de la Ciencia Económica. *Revista de Economía Política de Buenos Aires*, Vol. 7/8, pp. 247-289.
- Levin, P. (2016), Concepto económico de salud mental: indagación exploratoria. *Vertex. Revista Argentina de Psiquiatría*, Volumen XXVII, Número 125, pp. 25-34.
- Maifreda, G. (2012). *From Oikonomia to Political Economy. Constructing Economic Knowledge from the Renaissance to the Scientific Revolution*. Farnham, UK: Ashgate.
- Mandeville, B. ([1714] 2004), *La fábula de las abejas: los vicios privados hacen la prosperidad pública*. Madrid, España. Fondo de Cultura Económica de España.
- Marx, K. ([1859] 2008), *Contribución a la crítica de la Economía Política*. México D.F., México: Siglo XXI Editores.
- Marx, K. ([1867] 2002), *El capital. Crítica de la Economía Política. Tomo I, Vol. 1*. México D.F., México: Siglo XXI Editores
- Ricardo, D. ([1817] 1993). *Principios de economía política y tributación*. México D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Rousseau, J. J. ([1762] 2008), *El Contrato Social*. Buenos Aires, Argentina: Losada.
- Schrödinger, E. ([1944] 1983). *¿Qué es la vida?* Madrid, España: Ediciones Hyspamérica.
- Screpanti, E., & Zamagni, S. ([1993] 2005). *An outline of the history of economic thought*. Oxford University Press on Demand.
- Skidelsky, E. (2011). *Ernst Cassirer: the last philosopher of culture*. Princeton, USA: Princeton University Press.
- Smith, A. ([1776] 2008) *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. México D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Smith, A. ([1759] 2013) *Teoría de los Sentimientos Morales*. Madrid, España: Editorial Alianza.
- Snow, C. P. ([1959] 2012). *The two cultures*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Solomon, R. C. (1983). *In the Spirit of Hegel*. Nueva York, USA: Oxford University Press.